

IMPRESIONES DE VIAJE

UN HALLAZGO PSICOLÓGICO

No hay cosa más frecuente en el mundo, que hablar de la autoridad.

Se la pone en la picota, y se la censura de la manera más agria, sin el menor escrúpulo y con el desparpajo de quien en ello ejerce como un derecho.

Y hasta tal punto es esto verdad, que lo que nadie se atreviera a decir de una persona privada sin provocar desagradados de consecuencia, se dice y se afirma con el mayor descaro de las personas constituidas en dignidad, de las personas que gobiernan.

¿Cuál es la causa de esa como innata rebeldía del corazón humano, que se desahoga con la crítica cuando no puede llegar a las obras? ¿Por qué gritan siempre los de abajo, y por qué se usa tanto de la represión desde arriba?

Los que están arriba responden: por falta de educación y virtud de los de-abajo...

Los que están abajo replican: por la ambición o la ineptitud y falta de cualidades de los que están arriba...

Y es fácil que todos tengan razón.

Pero es el caso que los que están abajo tienen derecho a la apatitud y desinterés de los que están arriba; y los que están arriba deben presuponer los anhelos de bien y la falta de virtud de los que están abajo; y como esto no se verifica en un sinnúmero de casos, dáse lugar a ese desorden, que no queda justificado, porque la falta de virtud y las ambiciones no pueden justificarse, pero queda suficientemente explicado.

Los que están arriba por voluntad mediata o inmediata de los que están abajo, que implícita o explícitamente, deben responder a los anhelos, si no individuales, por lo menos colectivos de los que los eligieron o aceptaron. Esos anhelos se concretan en la admi-

nistración de la justicia en todas sus modalidades, procurando además por todos los medios posibles, el bienestar que la sociedad persigue, según su naturaleza.

La sociedad, sin contar con los individuos que la forman, es una quimera, como sería una quimera un cuerpo vivo sin órganos, si quiera sean rudimentarios. Y pretender el bien de la sociedad sin atender al de los individuos que la forman, es tan quimérico como pretender la felicidad de un organismo vivo, atormentando a sus miembros con violencias. Y como los de arriba, frecuentemente no se preocupan del bien de los individuos, de ahí que la sociedad se lamente y se convulsione muchas veces.

Es cierto que entre los que están abajo existen deficiencias, rebeldías, soberbias, imprudencias, ignorancias, vicios y hasta crímenes. Pero los que están arriba, están precisamente para subsanar esas deficiencias, y no lo hacen... o porque no quieren, o porque no saben, o porque no pueden, o por todo ello a la vez.

Es el que gobierna como un mecánico que dirige un taller.

Es menester que conozca bien el personal según sus aptitudes y fuerzas, y el material según su naturaleza y objeto.

No es allí todo de acero y de platino iridiado, que no puede ser.

Ni saben todos lo que debe saber él, que sino no lo necesitarían.

¿Que extraño es que los ejes produzcan un incendio, si se les hace correr con una velocidad para la cual era insuficiente el engrase de sus coginetes?

¿Por qué maravillarse de que las cañerías de plomo se fundan, y dejen escapar el gas o el agua que contenían, si se las pone imprudentemente en contacto con hierros incandescentes?

Un yunque de cristal sería un absurdo, como sería inútil una lima de estaño y el agua como combustible y un flotador de mercurio...!

El aprendiz que no sabe, ¿cómo podrá producir obras de ajuste?

Es pues necesario que el que dirige un taller, eche mano de los operarios atendiendo a sus aptitudes y capacidad, y use de los materiales para aquello a que los destina su modo de ser.

Pues bien: todas esas quimeras que fingidas en un taller nos darían la impresión de un desbarajuste, vense todos los días en el gran taller de la sociedad humana. Donde quiera que se encuentre una colectividad humana bien organizada, allí se encontrará una cabeza que tendrá necesidad de echar mano de otros hombres para llegar a conseguir los fines de la colectividad. Y en ese taller en que la actividad humana ha de desarrollarse, es necesario que se obre

como en los talleres mecánicos, so pena de que las cosas no lleguen a buen término.

Bien dijo quien dijo que no han de crearse los puestos para los hombres, sino que dentro de la sociedad han de formarse los hombres para los puestos.

Lo primero crea el "parasitismo", que es la más temible de las lacras sociales, y que por desgracia va tomando proporciones alarmantes...

Lo segundo es la base de la buena administración, que proporciona el bienestar en las sociedades bien organizadas.

Un conocimiento profundo del psiquismo humano, con una gran flexibilidad de ingenio es necesaria al que gobierna, para que venga a constituir la felicidad de sus súbditos, llevándolos al mismo tiempo con suavidad y energía a la consecución de los fines a que aspira la sociedad.

Los hombres no son máquinas. Son seres libres dotados de razón y sobre todo de corazón. Y en esto se diferencia la sociedad del taller mecánico.

Pero el corazón en los hombres se sobrepone frecuentemente a la razón, encauzando los movimientos de la libertad.

El corazón es el gran propulsor de la vida, es el condensador de las humanas energías, que produce en momentos dados efectos sorprendentes.

Lo que no puede la disciplina, ni la razón, ni la fuerza, lo puede el corazón.

Por eso la primera condición del superior es que sepa conquistarse el corazón de sus súbditos. Cuando sean suyos podrá exigirles heroísmos, e irán al sacrificio con la sonrisa en los labios. A Napoleón le adoraban sus legionarios, y le seguían con los ojos cerrados a la muerte.

¿Y cómo se conquista el corazón?

En las grandes sociedades, en que el corazón de los gobernantes no puede ponerse en inmediato contacto con el de los ciudadanos, ha de conquistársele derramando el bien hasta que llegue a cada uno de los individuos, mostrando un interés afectuoso por todas y cada una de las diversas clases sociales; tratando de armonizar verdaderamente sus intereses, mirando no sólo por su vida sino también por el bienestar de su vida. Los pueblos así gobernados llegan a ser felices...

En las pequeñas sociedades en que el superior convive con sus subordinados, el corazón se gana con los efluvios del corazón.

El corazón es como un niño y para conquistarlo bastan los artificios de una madre. El corazón se conquista con cariño, y el cariño se palpa, no en las obras grandes sino en las pequeñas; no en lo que salta a la vista, sino en lo que se adivina; no en lo que es de justicia, sino en la que es de supererogación.

De Napoleón se cuenta que visitaba de noche las tiendas de sus soldados para ver si estaban bien abrigados; y de S. Ignacio, que se levantó varias veces, de noche también, para vigilar los vendajes de Rivadeneira, a quien se le había abierto una vena para sangrarle. Así... con esas menudencias les ganaban el corazón... Por eso los súbditos, tanto del uno como del otro, se lanzaban al combate como leones.

Todos estos pensamientos acudieron a mi mente y quedaron estampados en mi libro de memorias al encontrarme en una de mis excursiones, con una de esas pequeñas sociedades, en que la armonía y el amor resaltaban como la característica de la dicha individual y social. Un conjunto tan armonioso es difícil de encontrar y por eso lo he llamado un verdadero hallazgo psicológico.

Fuime a alojar a una casa religiosa donde tenía conocidos, a los que con anticipación había anunciado mi visita.

Salióme a recibir a la puerta un señor alto, delgado y joven. No hablaba mucho, pero lo hacía con energía; sonreía más, pero sin afectación; y obraba sobre todo con prontitud. Se deshacía conmigo en agasajos, los cuales, a pesar de estar tan acostumbrado a ellos, me fueron de no poco embarazo.

Por el modo de ordenar, comprendí en seguida que trataba con el jefe de la casa.

Marchaba ésta en su observancia, a pesar de ser tiempo de vacaciones, con la regularidad de un reloj. Recogimiento, actividad, estudio en las horas de trabajo: expansión santa, empapada de cordialidad y caridad en las horas de recreo.

Al principio creí que todo aquello era debido a la presión moral que ejerce siempre el extraño, que esto tienen de malo los huéspedes, que coartan la libertad. Pero pronto me persuadí de que no existía nada de eso.

Pronto intimaron conmigo hasta darme muestras de verdadero cariño, y me hablaron de la marcha del establecimiento, y de los proyectos científicos, y de las mejoras introducidas, y me mostraron una porción de novedades, todas para mí muy interesantes, y no recuerdo que en todas aquellas conversaciones se deslizara una

murmuración o una crítica. Parecía aquello una sociedad de elogios mutuos.

Y lo más extraño para mí fué, que todos, espontáneamente, me hablaron de la exquisita amabilidad del superior. A su economía se debían los adelantos materiales, a su interés por la ciencia el progreso de los museos, gabinetes y academias, a su protección a la educación física la animación moralizadora de los "sports", a su celo y vigilancia la severidad de la disciplina, a su piedad la piedad que se notaba por la casa, a su trato delicado el acercamiento de los amigos, y que me sé yo cuantas cosas más. Pero lo que en todos esos elogios culminaba, era lo hermanadas que en él andaban la suavidad con una entereza de hierro.

Un día por la mañana en que regresaba de una excursión de varios días, me encuentro en la puerta con uno de mis amigos, que me esperaba. Eran las 8. ¿Vamos a la casa de campo?... Vamos allá, le respondí. Y dejando mis herramientas y mi baliya, me dispuse a seguirle. El viaje tenía para mí poco interés, pero en el término me esperaba, como siempre, una sorpresa.

Es la casa de campo una pequeña alquería, donde en unas cuantas hectáreas de terreno se encierra algo así como la soñada felicidad de Fray Luis de León. Toda clase de animales domésticos, con mucha abundancia de leche; algo de agricultura, abundantes árboles frutales, verdes praderas, frondosas arboledas, y, sobre todo, mucha paz.

Al llegar al término de nuestro viaje eléctrico, nos encontramos con uno de los carruajes de la casa, que hacían ese servicio, siempre que el teléfono anunciaba la llegada de alguno de los moradores del colegio.

Dos caballos de airosa alzada, firmes remos y buena musculatura, a un trote muy igual arrastraron nuestro vehículo por una larga calle guarnecida de árboles y arbustos a uno y otro lado.

Cuando más distraído iba, contemplando en silencio le majestad de aquellos campos, los generosos animales, sin que se notara siquiera el movimiento de las riendas, viran en redondo, y atravesando una tranquera abierta, fueron a pararse a un patio sombreado por añosos eucaliptus.

Al pararse el carruaje, observamos la mano blanco del superior, que abriéndonos la portezuela nos daba la bienvenida con una amable sonrisa en los labios.

Aquello era una contienda de caridad. Se interesaba por todo; quería servirnos en todo. Tomó nuestros sobretodos y nuestros

sombreros y nos condujo a los aposentos para quitarnos el polvo, y luego al comedor para servirnos él mismo lo que quisiéramos...

Yo andaba admirado de la cortesía de aquel buen señor, pero sobre todo me sentía como atajado, creyéndome causa de tanto trabajo, y así se lo manifesté a mi compañero.

—No se aflija, me contestó. Así lo hace con todos nosotros. No es más que la abundancia de su amabilidad.

Después de todo esto me rodeó un buen grupo a la sombra de los árboles, para que les contara algo de mi última excursión, y mientras estaba entretenido en describirles mis impresiones acerca de las formaciones marinas del territorio, fundando mis asertos en observaciones paleontológicas de las que había podido recoger varias noticias y diversos ejemplares, el trote de los caballos que arrastraban el carruaje de la casa, vino a interrumpir mi narración. Nos levantamos para recibir a los que llegaban, y pudimos ver al superior abriendo la portezuela del carruaje, con la misma caridad que había usado conmigo. Al verlo tan atento, sospeché que se trataba de un huésped de campanillas, pero me equivoqué. Eran el enfermero y el sastre, dos buenísimos legos, que recibían aquellos agasajos con la mayor naturalidad.

Entonces lo comprendí todo. Aquel interés que mostraba por cada uno de ellos aun en esas menudencias, les había conquistado el corazón, y convirtió aquella casa en un anticipado paraíso. Era verdad. Todo debía atribuírsele a él. Cuanto hacían sus súbditos a él se debía. Con ellos estaba en las penas, en las aflicciones, en las alegrías. Los impulsaba, los alentaba, los dirigía, los aplaudía, los escudaba.

No había más que un corazón y un alma. Y aquello fué para mí un verdadero hallazgo psicológico.

JACOB SLOMNE.